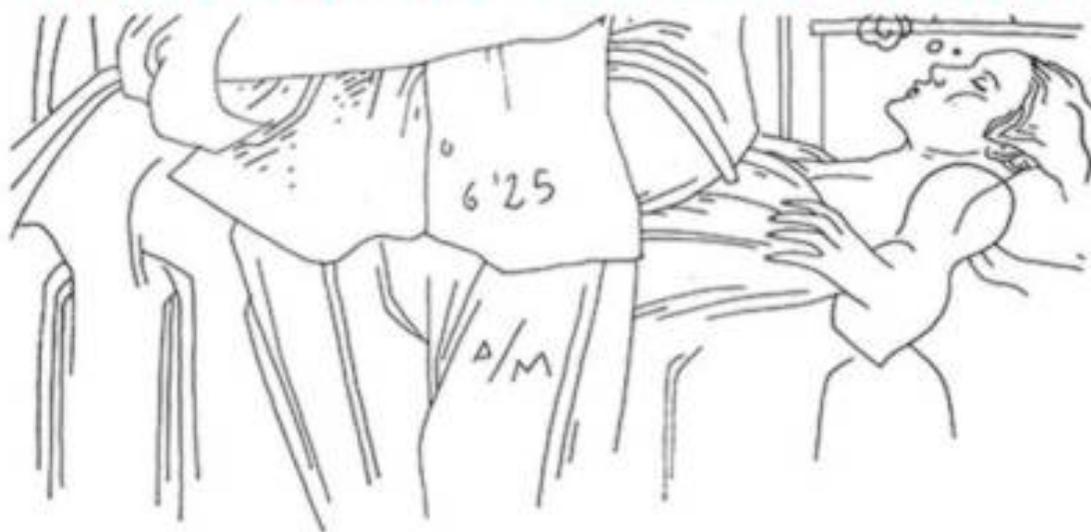


31 de Enero de 1989.



Andrés Ibáñez

La lluvia de los inocentes



Novela generacional, Andrés Ibáñez narra en ella la adolescencia y la primera juventud de la generación de los ochenta. Trufada de referentes musicales, cinematográficos, de lecturas de novelas y de cómics, serán muchos los que se reconocerán en las peripecias de sus protagonistas y en la España de aquella época, la del asentamiento de la democracia y de la movida madrileña pero también de los primeros desencantos. Una novela nostálgica e irónica a la vez que busca la identificación del lector en esta crónica escrita por uno de los novelistas más destacados de su generación.

La lluvia de los inocentes

Lluvia

Mi habitación se abre a la lluvia.

Mi ventana es un ojo abierto a la sorpresa de la lluvia de Madrid. Es una habitación de Madrid, lo cual es misterioso, porque hacía muchos años que no vivía en Madrid, y ahora, cuando pienso en esta ciudad, mis recuerdos se parecen mucho más a los sueños que a los verdaderos recuerdos. Sin embargo, puedo pensar que es uno el que recuerda y otro el que sueña. Qué extraño, comenzar una historia declarando que el que la cuenta es, en realidad, otro. Qué extraño ser otro y perderse en las ensoñaciones de la lluvia de Madrid. Qué dulce era la lluvia en Madrid sobre las losas grises. Puesto que ya no puedo recordar Madrid, la sueño. Entonces encuentro la libertad. Mis sueños no son míos. Mis recuerdos, en caso de tenerlos, serían míos, lo cual les despojaría de todo aura de misterio, pero mis sueños no son míos. Soy libre, puesto que puedo soñar Madrid. No soy yo el que escribe estas páginas. No soy yo el que sueña. Nadie es responsable de sus sueños (al menos, esto era lo que creía yo hace un año), y por tanto, puedo soñar la lluvia sobre las losas grises de las calles de Madrid, la lluvia cayendo por entre el laberinto de acacias, la lluvia atravesando la luz transparente de Madrid en el laberinto de acacias y plátanos, los cedros de los jardines de las embajadas y las románticas calles empedradas en las que se elevan hoteles de principios de siglo pintados de amarillo limón. Seguramente casi nadie reconocerá esas imágenes: la intensa claridad de los días de otoño, las aceras llenas de hojas amarillas, las nervaduras delicadas de las hojas de los arces

cubriendo la acera como una alfombra, las madre selvas surgiendo sobre los muros de piedra, las calles empinadas, la paz misteriosa de esos barrios ajenos al tiempo.

Sólo en otoño suceden cosas en Madrid. En otoño la realidad desciende como una lluvia fina. Es la realidad lo que pone las hojas amarillas. Sé que nunca podré disfrutar del otoño en ningún lugar más que en Madrid, porque sólo durante el otoño Madrid se abre entre las nubes de la ensoñación y entra en la nítida claridad de lo real. Y ya sé que muchos se escandalizarán cuando digo que lo real es algo que puede «caer» desde lo alto, igual que la lluvia, igual que la luz del sol. Y habrá otros que piensen que la luz es la verdadera realidad de Madrid, la luz del sol estallando en las cúpulas de pizarra y en las galerías acristaladas del barrio de Salamanca y brillando desordenadamente en las arboledas de acacias y plátanos y pseudoplátanos (Dios mío, nunca me había dado cuenta de que había tantos árboles en Madrid: ¡verdaderamente es ésta una ciudad-bosque, una villa de las florestas!), pero esa luz radiante y cruel de los veranos de Madrid trae una realidad suavemente imposible, su violencia no sabe qué hacer con una ciudad tan dulce y femenina. Quizá si un biplano pintado de amarillo cruzara los cielos. Quizá si los cisnes del estanque del Palacio de Cristal gritaran como gansos salvajes en vez de girar pacíficamente alrededor de los abetos hidrópicos. Lo cierto es que no sabemos qué hacer bajo esa irradiación, y que, cuando en medio del verano cae de pronto la lluvia, una de esas feroces tormentas de verano que duran unos minutos, más parecidas a un episodio de una ópera que a un verdadero fenómeno meteorológico, Madrid recupera de pronto su realidad, y todo se hace vivo, todo respira, todo es de pronto lo que es, los cristales son transparentes, brillan los techos de los coches, las losas de las aceras reflejan la luz del cielo, el aire se llena del perfume de la tierra mojada, porque Madrid sólo es real bajo la lluvia.

Acacia

Estoy en mi habitación de niño, en la casa de mis padres. He tenido la tentación de escribir «en la vieja casa de mis padres», aunque lo cierto es que esta casa no es vieja en absoluto, y que me siento en ella como me he sentido siempre. La lluvia cae pausadamente al otro lado de las ventanas con una especie de fascinante insistencia. La lluvia, siempre la lluvia. Me siento en esta casa como me he sentido siempre: vacío, tenue, hecho como de aire y reflejo. De niño siempre me asombraba lo que revelaba el rayo de sol oblicuo que entraba por la ventana: que el aire no era en realidad invisible, sino que estaba cargado de millones de puntos dorados, un cosmos de diminutos mundos flotantes. Así me siento yo ahora: polvo en el aire, atravesado de tiempo. El agua en los cristales pone reflejos de acuario sobre las paredes. Es como si las viejas paredes lloraran.

Llevo toda la tarde buscando en mis viejos papeles. Hace muchos años, cuando era mucho más joven, cuando era casi un niño entusiasmado con Chéjov y con Kuprin, comencé a escribir una novela. Escribí más de cien páginas, quizá ciento cincuenta. Llevo años pensando en esa novela que comencé y que no acabé. Sus imágenes me persiguen. La felicidad que sentía al escribir esas páginas, la facilidad con que acudía a unas cosas y a otras, voces, personas, lugares, y todo brotaba luego fielmente en la página: usaba la palabra «tristeza» para hablar de la tristeza, la palabra «castaña» para hablar de las castañas, usaba expresiones como «al día siguiente» o «mientras tanto, en casa de X», es decir, las expresiones que usan los verdaderos escritores.

Recuerdo incluso el placer que me proporcionaba separar la narración en capítulos y numerar los capítulos con números romanos, «Capítulo VIII», «Capítulo XIII»: era, en fin, un libro, un verdadero libro. Llevo varios días buscándolo. Recuerdo perfectamente de qué trataba la historia, pero no recuerdo el título. Si tuviera que ponerle ahora un título lo llamaría *La lluvia en Madrid*.

Éste es el segundo o tercer día que vengo, y es evidente que no encontraré ese libro perdido. Me digo que quizá es mejor así, que encontrarlo sólo me depararía una desilusión, pero sé que no es cierto, que lo que de verdad desilusiona es perder el pasado, y que es fácil y conveniente afirmar que nuestra pérdida es en realidad una victoria.

¿Qué hacer? Camino por las habitaciones como el que pasea por un parque silencioso, escuchando los crujidos del parque viejo, contemplando la luz de la lluvia a través de las ventanas. El ventanal del salón muestra la lluvia como un gran espectáculo. Antes aquí había una terraza con una hilera de jardineras llenas de plantas. Más tarde, mis padres la cerraron con una pared de cristal para añadir unos metros al salón. Durante muchos años hubo una acacia enana en una de las jardineras de la terraza cerrada: creció allí ella sola, una semilla perdida traída por el viento, y se convirtió en un perfecto bonsái, una acacia en miniatura de proporciones perfectas y hojitas diminutas que todos en la familia admirábamos como un milagro inexplicable. Ahora ya no está, y ya no sé cuándo murió, o si mi madre la quitó para plantar otra cosa.

¡La acacia, la pequeña acacia que crecía en una jardinera, en la terraza de la casa de mis padres! En realidad, me digo de pronto, todo lo que necesito está en esa acacia. No necesito más imágenes, no necesito más nombres ni más palabras. En ella está guardada toda la pureza del mundo, la fuerza inocente que hace que se reproduzcan las cosas, la fuerza de las imágenes, el nervio y la alegría de la existencia vegetativa, su interpretación luminosa de la pasi-

vidad como un bien que se reparte, como sombra y perfume sobre los caminos del mundo por los que otros más afortunados pueden ensayar la fascinación de los grandes viajes. La pequeña acacia que reunía en sí toda la poesía y que era, sin yo saberlo, toda la literatura.

Contemplo la gran biblioteca construida por mi padre, los anaqueles algo curvados ya por el peso. Recuerdo perfectamente el olor del serrín, el olor intoxicante del barniz, las grandes gotas grises cayendo sobre los periódicos del suelo. Yo debía de tener unos cinco años, y le acompañaba a los talleres a los que iba a encargar los tablones que luego aserraba en casa y lijaba y barnizaba, porque mi padre era de esos que piensan que un hombre tiene que saber hacer las cosas que necesita, pintar, empapear, tirar una pared, levantar otra, cambiar una ventana, construir una mesa. Oíamos la radio en esa época: teníamos una radio de madera, el altavoz protegido por una cubierta de cáñamo trenzado. Hoy en día despreciamos la inexactitud de lo vegetal.

En la parte de abajo de la biblioteca una serie de puertas correderas de madera de pino, que el tiempo ha macerado hasta un intenso color rojo té cargado, guardan, según creo recordar, muchos de los secretos tesoros de mi infancia. Me arrodillo sobre el parqué, empujo una de las puertas, que siempre han corrido con dificultad por los cañales de madera diseñados por mi padre, y comienzo a extraer cajas polvorientas y carpetas cerradas con bramante. Allí están los números de *Agañok* que le mandaban a mi madre desde la Unión Soviética, con sus encantadoras fotos en colores de *technicolor* de los años sesenta, y los números de *LIFE* que recuerdo tan bien: los reportajes africanos de Leni Riefenshtal, la serie completa de «Vistas del Monte Fuji» de Hokusai, la imagen de una gran piscina cubierta llena de bañistas japoneses de ambos sexos. Las bandejas de plástico para el revelador y el fijador, la vieja ampliadora de hierro verde de mi padre con la cual nos en-

cerrábamos en el baño durante horas a la luz de una bombilla roja para revelar las fotos de las vacaciones. La colección de postales de mi padre, en una carpeta de grandes anillas redondas. La colección de sellos de mi padre, en tres o cuatro carpetas. Me siento en el suelo y comienzo a recorrer las postales, taladradas con una de esas máquinas de hacer agujeros en el papel que antes había en todas las casas y en cuyo interior, después de un rato de trabajo, uno encontraba un tesoro de miles de pequeños círculos de papel de colores. Recuerdo muchas de estas postales: el abeto nevado de Shishkin, un cuadro de Gauguin, un teatro de sombras balinés, un oso polar dormido, un teatro de ópera. Mi primer recuerdo erótico está unido a esta imagen, en la que se ve el interior de la ópera de Viena con todas las luces encendidas. No sé cuántos años tendría: el hecho es que yo contemplaba esa imagen de la sala brillantemente iluminada, las plateas, los palcos, los balcones uno encima de otro con su oro, sus maderas nobles, su terciopelo color sangre, sus tulipas encendidas, y contemplaba el palco real del centro, y pensaba en el vértigo que debería de sentir el que se asomara a ese palco real y en lo fácil que sería caerse desde esa altura, y me imaginaba que el que estaba allí caía y entonces tenían que recogerle y meterle en una ambulancia y llevárselo al hospital, y entonces, inexplicablemente, ese pensamiento me resultaba tan excitante que tenía una erección, y me sucedía lo mismo cada vez que contemplaba esa foto. Pero ¿qué era lo que resultaba tan excitante? ¿El vértigo? ¿La caída? ¿La llegada de la ambulancia? ¿Matarse en un teatro de ópera?

¿Qué más? Una caja de madera que contiene todos los negativos de todas las fotos hechas por mi padre hasta su matrimonio, entre ellas frágiles negativos en cristal de sus fotos infantiles, que fueron tomadas a finales de los años veinte. *The Family of Man*, un libro de fotografías que me obsesionaba cuando era niño. «La familia del hombre» era el título de una exhibición fotográfica que abrió en Nueva

York a mediados de los años cincuenta y luego fue corriendo por las capitales del mundo. Mi padre la vio en Londres en 1958. La puerta corredera no va más allá de un punto. Parece sólidamente encajada, como si hubiera algo que obstaculizara su paso. Y sé que lo más interesante se encuentra, precisamente, detrás de esta puerta encajada e imposible de abrir.

 Mi padre murió en 1985. Tenía sesenta y tres años. Mi madre vive todavía. Yo también vivo todavía.

1959

Estoy desorientado. ¿Dónde podría encontrar esa vieja novela en la que sentí quizá por primera vez la intensa felicidad de la escritura? Regreso a mi antigua habitación, donde ya he mirado varias veces, y abro de nuevo el armario donde ya he mirado, abro los cajones que ya he abierto y repaso de nuevo los papeles y carpetas que ya he repasado durante los últimos días. Sé que no está allí, pero a pesar de todo busco con la vaga esperanza de obtener un regalo de las hadas. No sería la primera vez en mi vida que un objeto aparece en el lugar más incomprensible o desaparece del lugar más inesperado. Además, queda la vaga esperanza de no haber mirado bien la última vez. Mi madre siempre me ha dicho que no sé buscar las cosas. Al parecer, es una característica masculina. Pero las mujeres, ¿por qué saben buscar las cosas? Quizá porque están convencidas de que las cosas son simplemente cosas, mientras que para nosotros las cosas son ideas. Ellas buscan con los dedos, pero nosotros buscamos con la fantasía, con la impaciencia.

Regreso al salón de casa y me arrodillo de nuevo frente a las puertas corredizas que están debajo de las estanterías de la biblioteca. Sólo me queda un apartado por explorar, el último, al que resulta difícil llegar porque la última puerta no corre del todo. Debe de haber algo que le bloquea el paso: hundo los brazos en el armario y me encuentro con carpetas llenas de papeles que se aprietan con fuerza contra la tabla de madera. Es la fuerza de los recuerdos escondidos en los rincones olvidados.

El día es tan oscuro que a pesar de que los visillos del salón están descorridos, la biblioteca, que recibe la luz sólo indirectamente, está casi hundida en la penumbra. Pero esta penumbra me resulta enormemente dulce. Creo que podría vivir para siempre así, en esta luz de la lluvia, en esta penumbra, en este perpetuo asombro de que el arbolito del pasado haya desaparecido.

¿Por qué me he obsesionado de pronto con esa vieja novela que empecé a escribir cuando casi era un niño? ¿Por qué he convertido en mi ocupación diaria venir a la casa de mi madre para buscarla?

No, no he venido para buscar aquel libro perdido, sino para buscar a aquel Mateo perdido.

Encuentro por fin lo que lleva tanto tiempo, quizá tantos años, bloqueando la última puerta de madera. Es el viejo bate de cricket de mi padre. No lo recordaba tan pequeño. La madera, con los años, se ha puesto de un bello tono dorado rojizo. El mango está forrado con bramante negro enrollado y encolado. Mi padre tiene algunas fotos en las que aparece jugando al cricket, pero son bromas o anécdotas, como cuando se vestía con ropas africanas con sus amigos africanos del *college* o cuando se disfrazó de director de orquesta en una fiesta familiar anterior a mi nacimiento, pero este bate tampoco es realmente una herramienta deportiva, sino un regalo de despedida. En la pala de madera están escritos los nombres de todos y cada uno de los compañeros del curso de mi padre en Fircroft College. El nombre de Hopkins, el director del *college*, que luego seguiría siendo amigo de mi padre, aparece también por algún lado. Algunos de los nombres han empezado a borrarse.

Este último rincón del armario aparece, de pronto, plagado de tesoros inesperados. Hay, primero, cientos y cientos de mapas de toda Europa, cuidadosamente almacenados por mis padres en el curso de todos nuestros viajes y luego, al final, *lo, lo and behold*, una serie de viejas carpetas marrones cerradas con el viejo procedimiento del bra-

mante y el botón. Están muy polvorientas, y por espacio de unos segundos me siento como en la escena de una película cuando el protagonista encuentra, por fin, el viejo libro escondido en el fondo del cofre. Ya que en estas carpetas, me digo con un latido de maravilla y asombro, debe de esconderse todo eso que yo venía buscando: el pasado, el pasado de mi padre.

Llevo las carpetas a la mesa del comedor, las coloco en hilera y comienzo a abrirlas desenroscando los bramantes y sintiendo en las yemas de los dedos la áspera sensación del cartón viejo. Una está llena de cartas de mi padre a mi madre y también algunas de mi madre a mi padre, todas fechadas en el año 1959. Otra está íntegramente dedicada al Servicio Civil Internacional, folletos, información impresa y varios recortes de periódicos locales de Francia e Inglaterra donde aparecen noticias relativas a las actividades de la organización y en los que aparecen varias fotos de mi padre, muy sonriente y ya no tan joven (debía de tener unos treinta años y ya había empezado a perder pelo). En otra hay varios pasaportes de mi padre, papeles y cartas diversos, un cuaderno escolar de 1936 con delicados mapas coloreados y dibujos de castillos y poemas copiados, y un pequeño bloc lleno de apretada escritura que contiene, al parecer, el diario de un viaje que mi padre realizó en 1956. Las otras contienen trabajos a mano y a máquina y resúmenes sobre historia y literatura inglesas que son, me imagino, sus apuntes y sus trabajos de Fircroft.

Comienzo por este mazo de cartas. Están escritas en cuartillas con la redondeada letra rusa de mi madre y la letra nerviosa y elíptica de mi padre. Con un suspiro me digo que estas cartas no me pertenecen, y que no tengo derecho a leerlas. Las he encontrado en casa de mi madre, estoy en casa de mi madre y mi madre aparecerá en cualquier momento por la puerta, y parece bastante obvio que yo no debería leerlas, sino entregárselas. A pesar de todo, las hojeo un poco. Todas las fechas corresponden a 1959, el año

en que mis padres fueron novios. Mi padre había regresado de Inglaterra a mediados del año anterior y vivía con sus padres en la travesía de Tortosa, la casa de los abuelos de mi temprana infancia. Mi madre había regresado de la Unión Soviética sólo dos años antes y trabajaba y vivía en el Sanatorio Antituberculoso de Guadarrama.

Leo frases sueltas de las cartas, párrafos aquí y allá. Las cartas de mi padre están fechadas en Travesía de Tortosa, y las de mi madre en el Sanatorio Antituberculoso de Guadarrama. Vivían los dos separados, él en su acalorada terraza de Madrid y ella entre los pinos y las águilas de la sierra, y sólo podían verse los fines de semana, pero a mi madre no le resultaba fácil viajar de Guadarrama a Madrid. Debía de haber pocos trenes y menos autobuses, y no creo que a mi padre le hubiera gustado que alguno de los médicos del sanatorio trajera a mi madre a Madrid en su coche. Lo primero que salta a la vista en estas cartas, aun para el que lee sólo frases sueltas aquí y allá, son los celos de mi padre, unos celos enfermizos que serían motivo de incontables problemas a lo largo de la vida de ambos. Eran la manifestación más palpable de su complejo de inferioridad, la sensación de que cualquiera podría quitarle a aquella mujer maravillosa y llena de mundo y de encanto que acababa de conocer, especialmente aquellos médicos arrogantes de fines de los cincuenta, pequeños dioses de túnica blanca que hacían diagnósticos llenos de términos técnicos y salvaban vidas en su montaña mágica. Mi padre le habla a mi madre con las expresiones más dulces y lastimeras, la trata con un cariño y con una delicadeza exquisitos, la llama «mi niña» una y otra vez, e introduce palabras y frases en ruso. El tono de las de mi madre es mucho más frío, mucho más maduro emocionalmente. Aunque él era once años mayor que ella, parecen casi las cartas de un jovencito a una mujer algo más madura. En sus cartas, mi madre le tranquiliza, le asegura una y otra vez que le quiere, le pide que no sufra, que no sufra tanto, que no sufra siempre. Es evidente que

el dolor de mi padre le inquieta, pero no estoy seguro de que la conmueva. En los párrafos que leo al azar no parece conmovida, sino simplemente preocupada, quizá incluso impaciente. Ella a veces también introduce frases en inglés, y hay algunas cartas que están escritas íntegramente en inglés. Da la impresión de que mi madre, aburrída en sus largas horas del sanatorio de Guadarrama y forzada a decir siempre las mismas cosas, no te preocupes, yo también te quiero, no te preocupes tanto, había pensado que podía aprovechar la obligación de escribir para practicar un poco su inglés. No me cabe duda de que los dos estaban enamorados, pero hay muchas formas de estar enamorado. Creo que mi padre sentía una pasión desbordante por mi madre, y que mi madre más bien se dejaba querer. Sin embargo, la muerte de mi padre, treinta años más tarde, fue la gran tragedia de su vida. Mi padre fue su único amor.

Mi padre siempre tuvo celos de mi madre, y durante una época, cuando mi padre entró en la universidad y se pasaba el día rodeado de chicas jóvenes, mi madre también tuvo algunos episodios de celos de mi padre, lo cual me sorprende, porque no creo que ninguno de los dos tuviera nunca el menor motivo. ¿O quizá sí? Uno siempre tiende a ver de forma simplificada a los padres. Siempre nos parece que nuestros padres son muy ingenuos, no nos damos cuenta de que todo lo que ellos quieren es que nosotros no veamos los horrores de este mundo. Pero los vemos a través de ellos, como si sus cuerpos se transparentaran suavemente, igual que espíritus.

¿Qué decía Otelo? Ella me amó porque tuvo compasión de mis sufrimientos, y yo la amé porque me tuvo compasión. ¿Qué somos, más que espejos de nosotros mismos? Hace algunos años, en Nueva York, vi un espectáculo de danza de Carolyn Carlson en el City Hall en el que ella, que ya era un poco mayor y no bailaba, salía haciendo una coreografía muy bonita en la que llevaba un pequeño proyector de dibujos animados colocado en la espalda. La maqui-